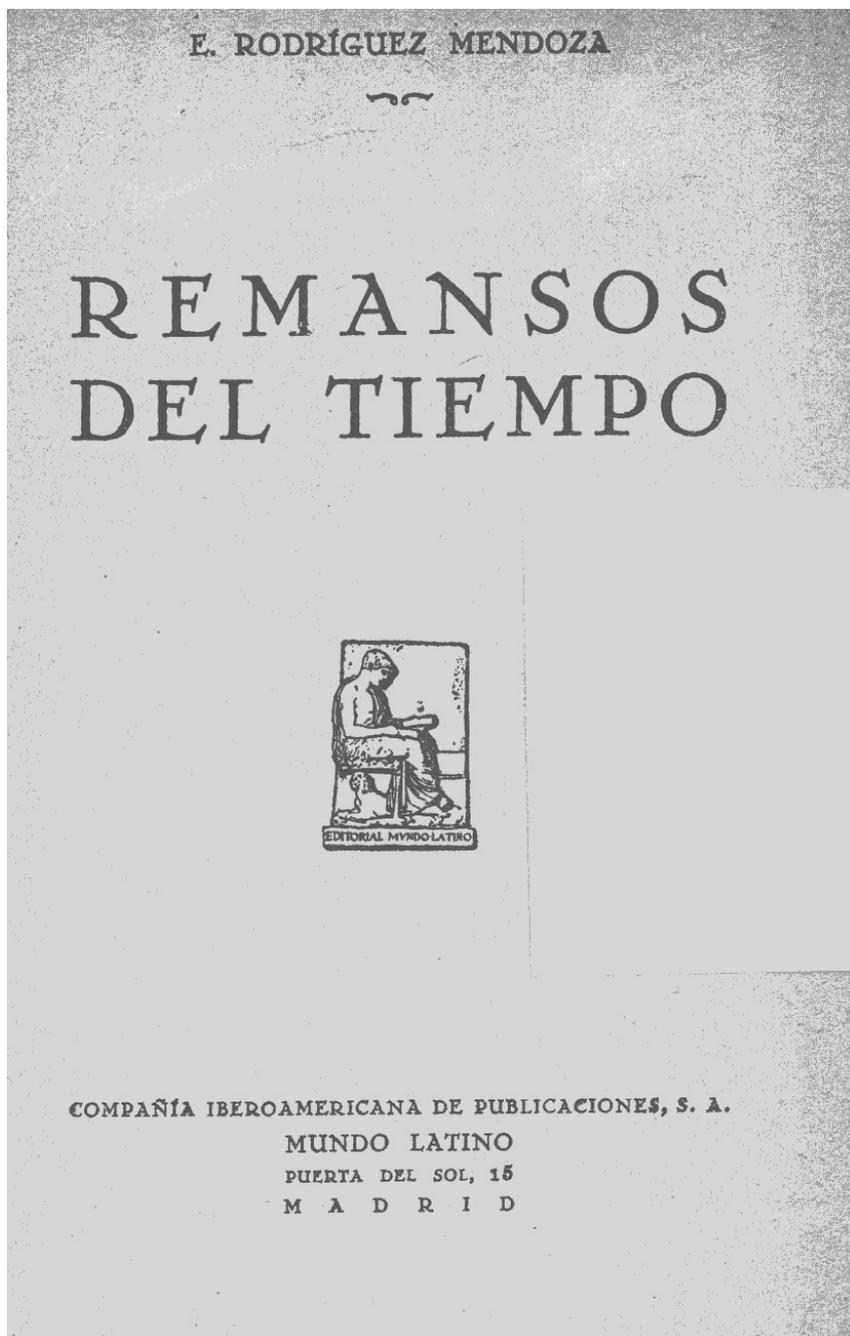


**REPRODUCCIÓN FACSIMIL
DE UN CAPÍTULO DEL LIBRO REMANSOS DEL TIEMPO
Y DE LA PORTADA E ÍNDICE DE GOTAS DE ABSINTIO,
AMBOS DE RODRÍGUEZ DE MENDOZA**



RUBÉN DARÍO EN CHILE

I

DARÍO se instaló en la mansarda de "La Epoca", donde dejó colgada en un clavo de gancho la imponente levita de una abotonadura con que llegó a Santiago.

Mr. Pinaud —aquel en cuyas cuentas solían poner: "si tú la hiciste, págala tú"— acababa de confeccionarle un largo y elegante levitón forrado de seda, y el "gabachito" Dumas, por su parte, coronaba este conjunto impresionante con un esplendoroso sombrero de copa.

Así lo vi llegar por primera vez a nuestra casa de la calle de Nataniel —donde hay ahora una imprenta que cualquier día hace una edición barata de "Azul..." o de "Prosas profanas".

Ahí se reunía, noche a noche, una tertulia literaria a la cual, ya camino de su cercano domicilio, traía la última nota política del día o de la noche Vicente Grez —autor del "Combate homérico" y "Murmuraciones".

Yo era entonces un niño que no podía tener sino un acceso furtivo al prestigioso cenáculo que,

E . R Ó D R Í G U E Z M E N D O Z A

a pesar de alejarme de sus charlas y cónclaves, había de decidir, puerta o pared por medio, de mi futura vocación.

La alta novedad de aquellas reuniones, la constituía Rubén Darío.

La primera vez que cayó en mi casa, tomé una colocación de gato en acecho para observarlo de mampuesto.

Manuel, mi hermano, no estaba, o estaba durmiendo, lo que, histórica y racionalmente, me parece más factible y humano.

Rubén entró, se sentó, juntó las manos y cerró los ojos.

Inferí después que ese día no había sido muy abundante la sustentación del poeta exótico del "Rey burgués" y la "Canción del oro".

Golpeaba una contra otra las puntas de sus largos dedos, y, abriendo los ojos, entregó al vacío y al silencio esta pregunta sin respuesta y que se perdió entre los libros y los cuadros:

—¿Manuel, no llega aún?...

Volvió a tomar su actitud de fakir que se mira la barriga y en ésta, el ombligo.

Abriendo suavemente la puerta, lo contemplé más a mis anchas, y ya que estamos haciendo historia anecdotaria, debo dejar breve constancia de que la primera impresión no fué halagüeña: el poeta tenía ese día una palidez de crisantemo nipón; pero de crisantemo viejo y sin agua... La nariz, muy fina en el sitio en que na-

R E M A N S O S D E L T I E M P O

cía entre dos ojos pequeñitos y vagos, se iba ensanchando hasta plantear sobre un bigote de mandarín el arduo problema estético de dos fosas nasales ampliamente dotadas para aspirar todos los perfumes de la vida.

En síntesis, las pasiones que Rubén inspiró no deben haber sido ni muy fulminantes, ni muy modernistas, ni aun muy duraderas.

Aburrido de la espera, se irguió, cogió el sombrero —entregado a los créditos futuros por la munificencia de Mr. Dumas— y salió meneando sólo las piernas, como si la cabeza siguiera un camino y otro los pies, largos, finos, gorilescos.

Era alto y engarabatado.

Quedé absorto y no tardé en correr en busca de alguien a quien transmitir mis impresiones fisionómicas sobre el que nueve años después había de prologar paternalmente mi primer libro —un librito—, influenciado por él y por lo que del decadentismo francés empezaba, más que a asimilar, a olfatear.

Rubén era ya más o menos célebre por aquel entonces, y ahora, al hojear este voluminoso libro abierto —lo que no impide que se cierre o desencuaderne cualquier día—, de lo que ha penetrado en el recuerdo, marcando los años, me pregunto con irónica insistencia, si en todas las etapas de la carrera de gloria y de dolor de Darío, no influyó apreciablemente su nombre, arrancado de algún tapiz oriental, y su cabeza de

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

ídolo malayo tallado en un pedazo de bambú y puesto sobre el elegante levitón de Mr. Pinaud... ¡Qué pinta tenía!

Fué recibido por Balmaceda, entonces presidente, y como la imprenta en que Darío escribía quedaba a un paso del teatro Municipal y a otro de "Papá Gage", pensaban los incautos que el autor de "Abrojos" vivía entre las bailarinas del Fausto y el "champagne" de las cenas... sin protocolo alguno.

Darío hacía la vida de un grupo que no aspiraba a obtener *pos mortem* la canonización papal; pero sus emolumentos eran tan modestos, que junto con recibirlos, divididos en las fracciones anticipadas que sobre el mesón le contaba Cartagena, cajero, se trasladaba sin pérdida de tiempo con ellos —costumbre que conservó religiosamente hasta sus últimas boqueadas—, con ellos y su improvisado séquito femenino, donde Gage, cuya fachada de caserón de mediados del siglo pasado, le parecía una anticipación halagadora del "Moulin Rouge" y sus aspas luminosas, símbolo del París de la noche y de la celebridad.

Al descender ante la ancha puerta, contemporánea de don Diego Portales, y las conspiraciones de los tiempos del daguerreotipo, la improvisada comitiva se dirigía a los comedores reservados donde el pobre Rubén se creía, durante unas cuantas horas, Lúculo, don Juan o Nabab, estirando así en una forma tan fantás-

REMANSOS DEL TIEMPO

tica como precedera, los anticipos de Cartagena.

Sólo el licor lo sacaba de su perpetuo Nirvana, encendiendo la piedra de amuleto indígena de sus ojillos, en que nunca se supo si había ira, dolor o amargura, porque andaban siempre muy lejos: parecían llenos de timidez y de sueños —tras ellos aleteaba o cantaba ya el “pájaro azul”— y, pestañeando, miraban con temor que solía parecer bondad.

Estoy cierto que nunca se sirvió de ellos la maldad, como que siempre que se reservara para él el primer lugar en la poesía castellana, en la cual fué un innovador venido de Francia, era el más benévolo de los hombres.

Seguro, y no sin razón, del puesto a que parecía aspirar muy en secreto, dejaba a los demás el dinero, los uniformes, las mujeres, todo; era un cerebral y le bastaban los homeopáticos anticipos de Cartagena para que las sobreexcitaciones gigantescas de la fantasía, oportunamente estimuladas por las botellas con abdomen de embajador, lo hicieran viajar en el curso de una cena, que nunca fué la de Leonardo de Vinci, por Grecia, con Friné; por Egipto, con Cleopatra; por Roma, con las emperatrices de prostíbulo; por el Renacimiento, con alguna Gioconda empecatada y sibarita, y por Versalles, con aquella primorosa Du Barri, de cabeza caída de un abanico en la paleta de Watteau.

Bastaba la más módica de las pecadoras san-

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

tiaguinas para que Rubén se creyera ante María de Mágdala, si por Palestina y sus cielos violeta peregrinaba esa noche su miravolante fantasía, o ante la "Dame aux Camelias", si por el París de sus ideológicas tentaciones trotaba *in mente* su buen deseo.

Supe después, cuando los años y la carne me pusieron en situación jurídica de imponerme de cosas tan trascendentales para las letras y la historia moral de aquella época, deliciosamente bohemia, que más de una vez y cuando ya se daba a Darío por definitivamente descarriado, se le encontraba redimiendo flaquezas en alguna calleja del Santiago negro. Allí estaba rodeado de un auditorio mixto y nada tranquilizador, al cual recitaba, cerrando los ojos al armonioso son de alguna arpa babilónica, el "Cantar de los cantares", o algunas de las estrofas destinadas a quedar retenidas entre las espinas de "Abrojos" —su primer libro, es decir, la primera aparición de una gloria desnuda y sollozante.

II

Ortiz, *concierge* criollo de "La Epoca", después cartero y repartidor de cartas multadas, era gran práctico en materia de pesquisas destinadas a

REMANSOS DEL TIEMPO

descubrir la arriesgada madriguera de ciertos impenitentes, y más de una vez regresó triunfante trayendo al poeta como trofeo, metido a regañadientes en un coche de alquiler, que parecía venir del diluvio, vía barrio Recoleta.

¿Quién diría que así fecundaba su evolución el transformador providencial de aquella poesía que, descontando a Bécquer, sólo evocaba con la imponente escenografía de sus estrofas, atalayas, castillos feudales, torres del homenaje y señores de horca y cuchillo?

Ya en "La Epoca" y su mansarda, ante la cual las golondrinas posadas en los alambres telefónicos simulaban un pentágrama escrito con tinta china sobre el cielo de invierno, sobrevinía, si no la penitencia, una morigeración que duraba hasta el momento de enfrentarse de nuevo a la fortaleza, es decir, a la caja guardada por Cartagena, áspero como un palo en la cabeza, y por Maquieira, que era ancho y espeso como una puerta llena... de clavos distribuidos por el personal, siempre en apuros, como es de regla.

Para los tiempos de meditación y clausura, tenía Rubén una calabaza, no siempre llena, y destinada al ron, traída del trópico entre un Diccionario de la lengua, una Gramática de la ídem, un retrato de mujer y una carta de presentación.

La guardaba su dueño con un sigilo lleno de cuidados y acatamientos, como que dicha calabaza era el duende de la mansarda rubeniana,

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A .

Ni Ortiz, el de las pesquisas galantes, lograba dar con ella cuando para ponerla en salvo de mediaciones extrañas, la ocultaba Rubén como por arte de encantamiento: estando llena, en efecto, no había detective capaz de dar con ella, y mientras la vaciaba su dueño, parecía que se la hubiera tragado la tierra... Se volatilizaba —ron, al fin— entre rimas o volaba, hecha espíritu o poesía. Sí; ron y calabaza se elevaban hasta los más encumbrados endecasílabos; pero una vez vacía y sonando a cosa hueca y perecedera, como las estrofas de ciertos poetas de esa época, reaparecía en cualquier parte, rodando entre los enseres íntimos que pueblan la parte baja y forzosamente discreta de todos los lechos.

Un buen día, la calabaza, supongo que a deshoras y disfrazada con algún ejemplar del "Ferrocarril" o el "Independiente", descendió de la mansarda: su dueño dejaba "La Epoca" y ambos, presidiendo de consuno el trasteo del equipaje, se dirigían a la calle de Nataniel afuera, a una casa de pensión en cuyo primer patio, lleno de chiquillos y perritos de lana rizada, verdeaba un naranjo agrio entre cuyas hojas solían asomar los azahares como una promesa irónica a la dueña de la casa, persona santamente solterona, aunque no exenta del todo de cierta humana experiencia, que se transformaba en fugaz coquetería a la llegada de algún nuevo pensionista.

Instalado en su nuevo alcázar, Rubén menudeó

R E M A N S O S D E L T I E M P O

a toda hora sus visitas a mi casa, que para él era camino hacia el centro de la ciudad. Llegaba, entraba y se sumergía en una butaca color bronce, apreciablemente cómoda, que le permitía echar atrás la cabeza, cerrar los ojos y juntar las manos, estrechándose suavemente las puntas de sus dedos de violoncelista. Al abrir de nuevo los párpados de vuelta de las visitas lejanas en que el espíritu presente vagamente lo que ha de venir, sus ojillos de escarabajo sagrado se daban un encontronazo con aquella estampa —copia de un retrato de León Bonnat—, en que el “Dios Hugo” aparece sumiendo intencionalmente la mano en la nube de cabellos blancos que enmarcan su fisonomía de cualquier cosa, burguesa y de hoy, menos de colega de Dante o Shakespeare —palabras mayores...

La pidiera o no —y Rubén tenía bastante confianza para hacerlo—, se le ponía al frente una taza de té con galletas de soda.

Estas intimidades dibujan al hombre —y por eso las cuento—, acentuando el rasgo indeleble de su distanciamiento, tanto de una actividad cotidiana y de fines económicos, como de ciertos convencionalismos que su portentoso talento iba abrogando sin parar mientes en ellos: son estos hombres los que, integralmente dueños de un “yo” incapaz, aunque lo quisieran, de entrar en transacciones con las ideas artísticas o morales de los demás, avanzan despreocupados y sin otras

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

fuerzas que las de su fe, hacia la innovación total, que si no siempre es el genio, es lo que más se le parece, a pesar de sus apariencias de locura.

Vislumbró Rubén que el español, medio agotado en materia de variedad, continuaba siendo oratorio, limitado y moldeado en materia poética, y procediendo en gran parte por intuición, innovó audazmente, tratando de traducir sensaciones, castizas en cuanto a la forma y nuevas en cuanto al fondo, al tema y a la manera francesa de interpretarlas.

Esa innovación sorprendía poco después a las letras españolas, las cuales bien puede decirse que prolongaron hasta la definitiva y total disgregación colonial una buena parte del clasicismo que floreció pomposamente en los días en que la gloriosa península en que descansa por un lado el mapa de la Europa, logró la hegemonía política y religiosa del mundo.

Tal era el real alcance de la obra empezada ya entonces por el personaje soñador y soñoliento, que al abrir los ojos, encontraba frente a él un plato chino con galletas de soda y, más arriba, colgada de la pared, una cabeza de Víctor Hugo, llena de nubes de procedencia olímpica, aunque de apariencia y pureza lanar.

Hubo un pequeño grupo que lo alentó —el de “La Epoca”—, al cual agregó después su autoridad de retórico y hombre muy sabio, don Eduardo de la Barra, pequeñito, valiente, cabeza de

R E M A N S O S D E L T I E M P O

poeta y de guerrero, Goethe a medio crecer en un ambiente inadecuado, y sobre cuyas pasiones se elevó siempre la luz penetrante de un gran valor moral: don Eduardo pudo y debió morir de punta en blanco y en alto la lanza.

Para ser innovador, Darío no tenía más elementos materiales que los pájaros: alas, es decir, plumas... de escribir, lo que es un bagaje muy liviano en estos tiempos... más pesados que el aire.

Empero, a pesar de ser entonces nuestro ambiente más propicio para el volantín que para dar alazos de cóndor, el hecho es que en Chile ensayó Rubén por primera vez el vuelo triunfal del pájaro azul.

Paradoja curiosa, que dedico a los economistas: desde Cristo hasta Don Quijote, constituyen los más grandes ejemplos de libertad individual, los que nunca pensaron en la "independencia económica", tan pregonada por esta época en que la igualdad, achicándose, agachándose y renunciando a todo lo individual, se contenta sólo con el bienestar.

Sin duda, es bien sugestivo el hecho de que los que llegan más alto en materia de ideas, sean los que no levantan su propio peso, como diría un "yanqui".

Económicamente, Darío era un pobre diablo, lo que no impidió que fuera un innovador que no habría tenido, ni aun vendiendo su levitón y

E. RODRÍGUEZ MENDOZA

su sombrero alto, con qué costear la cruz de palo en bruto a que más de una vez lo condenó la incompreensión.

No era un valiente como el paladín de la quimera, y, sin creerse desmedrado, huía reiteradamente ante la realidad o ante los jayanes. No, no era un valiente ni mucho menos... Era algo más: un indiferente de los que para ir lejos, cierran los ojos hasta el momento de abrirlos en plena gloria o al sentir el fierro candente de la vida o el martirio.

Por el momento, tomaba té con galletas de soda...

Así lo vi, siendo yo niño, y así me lo represento ahora, al buscar lo gráfico de los recuerdos con que quisiera —siempre el amor a los disfraces y los embelecos, como las mujeres— enflorar mi cincuentena de años.

III

Una noche, después de visitar en la tarde el cementerio, donde llegaron hasta las fosas que guardan una cosecha de cráneos albísimos que por una órbita suelen mostrar una flor de cardo y por la otra un hocico de ratón, filosófico y mal oliente, Rubén se sintió seriamente mal: tenía fiebre y frío. Temblaba.

R E M A N S O S D E L T I E M P O

—Es necesario que te vayas a descansar —le dijo mi hermano—. Te iré a dejar.

Rubén respondió entonces, tomando las manos de Manuel y dejando caer la cabeza:

—No puedo marcharme solo, y tú, que eres bueno, tendrás que alojarme, porque me siento aterrorizado... ¡Los muertos, los cráneos... Hamlet... Yorik..., las sombras..., el más allá... el más acá!... Soñar, dormir acaso... ¿Oyes cómo suenan esas palabras? Me muero de terror y no tengo vergüenza de confesarlo a mi amigo, a mi hermano... ¡Dame *cognac!*...

Se persignó, pidiendo por Dios que no se le abandonara a los riesgos de su solitaria vivienda, y esa noche durmió en un sofá de la sala, bajo la omnipotente advocación de Víctor Hugo y su cabeza llena de alas, de nubes y de lana capilar.

I V

Poco después me impuse de sopetón, aunque sin detalles, de que mis años y mi inexperiencia no eran aún bastante acreedores, de la noticia pavorosa —sin saber por qué le tenía a Rubén un gran cariño— de que se marchaba al “puerto”.

Me sentí entristecido ante la idea de no volver a ver a aquel personaje, adherido con tanta fuerza sentimental a mis recuerdos de niño.

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

¡Pobre trovador! Ya no proyectaría más de una acera a otra su silueta de noctámbulo, que al recibir el resonante espaldarazo que poco después había de darle don Juan Valera en sus "Cartas americanas", iba a seguir rodando tierras, como en los cuentos en que aparece Pulgarcillo tranqueando a través de los ensueños infantiles.

Renovador potentísimo, pero escaso y magro hasta la pobreza, fué la cenicienta en género masculino.

La Venus sin brazos, como para no poder abrazar en son de supremo adiós a todos los que habían formado ronda juvenil ante sus senos siempre erectos, se quedaba sola en los salones de "La Epoca", que iba perdiendo apresuradamente su carácter artístico y literario y en la cual había parecido la política algo accidental.

No sé lo que pasaba; pero lo cierto era que después de tomársela literariamente, Rubén desertaba la capital chilena en que sabe Dios mediante qué clase de agentes patológicamente confidentiales, había empezado a dar su célula gris la desconcertante floración modernista que al fin apuntó total y riosamente en el "Azul..."

A pesar de los juicios de Valera, las innovaciones de Darío no habrían ido más allá de nuestros tajamares, chatos y resistentes como todo el colonialismo pertinaz que representan; pero el poeta sintió que bajo un nuevo levitón de Mr. Pinaud emplumaba algo —las alas que empezaron

R E M A N S O S D E L T I E M P O

a apuntar y crecer en la mansarda de "La Época"—, y poniéndolas primero de punta, las ensayó luego horizontal y poderosamente en el éter dorado de una celebridad nacida entre pobreza y perrerías, como todas las glorias.

Como si comprendiera ya que el que se iba y el grupo que se disolvía para siempre dejaban en mí una afinidad que después no tendría fuerzas ni valor para desechar, sentía una desgarradura extraña con la partida del poeta: era la vocación que empezaba, produciendo un primer dolor intenso.

—Se va Darío —repetía en silencio para que no me hicieran callar.

Una tarde, un mozo de cuerda dejó caer, sin miramientos, en el zaguán de mi casa, un pequeño cajón de vino, ya sin botellas, naturalmente:

—Manda el poeta de más abajo...

En el momento en que Rubén iba a ser el poeta de más arriba, continuaba siendo "el poeta de más abajo" para el malandrín que cargaba con su mísero equipaje de peregrino sin más letras al portador que sus alas de Icaro y de Proteo.

Liviano como una pluma... de la cola, el cajón fué a dar a mi pieza, y al pardear el día y devorado por la curiosidad de lo incógnito, que ha hecho perderse a tantos Faustos y tantas Margaritas, levanté una tabla y los clavos dejaron al descubierto una brillante dentadura de alambre...

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

Temblé como en la noche en que Darío hablaba de calaveras convertidas en gabinete de ratones entregados a la tarea de explorar cráneos vacíos.

Con los ojos inmóviles y las manos frías —era invierno y hacía una noche de lobos con apetito—, me parecía estar levantando la tapa de un ataúd o de un tesoro.

¡El equipaje de un poeta!... Todo y nada.

Sigilosamente, encendí una de esas luces que tiemblan o se inmovilizan al paso de lo impalpable. Miré mi sombra, agrandada en la pared; sentí un escalofrío; pero proseguí valerosamente mi tarea: se veía un pequeño bulto dentro del cajón sin botellas y sin equipaje; estiré la mano con resolución de raptor y saqué algo que sacudí con ademán de hombre resuelto a apresurar su tarea clandestina: era un chaleco a cuadros, digno de conocer las lágrimas de Alfredo de Musset y George Sand.

Decididamente, con tan poco equipaje, cualquier hombre levanta su propio peso, como dicen los norteamericanos, empleando un característico lenguaje de “romana” pesadora.

Había algo más en el cajón —convertido por Rubén en “necessaire” de viaje muy largo—, algo que pasó a mi conciencia, sitio de donde lo extraigo ahora con retardo, es cierto; pero con intenciones de pública contricción: un pequeño ejemplar del “Enano”, de Walter Scott, que in-

R E M A N S O S D E L T I E M P O

gresó sin más trámite y en calidad de reliquia bibliográfica, a mi diminuta biblioteca estudiantil.

Meses después supe que Darío, como buen empleado de Aduanas, se paseaba por el malecón de Valparaíso pesando fardos, más allá de los cuales se veían el mar, las gaviotas, las velas curtidas y mordidas por el viento y la sal; las olas coronadas de espumas y resplandores de ocaso; los barcos, veteranos de la tormenta, que van y vienen por el mundo oscilando con sonoridad de augurio sobre un infinito a que el arco iris suele poner un inmenso marco de esperanza...

V

Consulté a Manuel la resolución trascendental:

—Voy a publicar algo...

—¿Un libro?

—Justamente...

Las preguntas que siguen, calculadas para volverme a la reflexión, no hicieron sino robustecer mi propósito:

—¿Tienes dinero?

—No faltará.

—¿Y la preparación necesaria?...

Como se ve, no era yo una celebridad ni dentro de mi casa, que era donde con más frecuencia se me señalaba el camino de la prudencia.

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

Alzó por su parte el gato, con inequívoca voluptuosidad estival, la elegante ojiva de su lomo sedoso y flexible.

Explicué mi proyecto: sería un volumen pequeño: unos ocho o diez cuentos prologados por Rubén Darío e ilustrados por Valenzuela Puelma.

El libro se llamaría "Gotas de Absintio".

Manuel comprendió que no era fácil sacarme de las nubes y traerme de las orejas o de cualquiera otra parte hasta las márgenes del Mapocho y de la calle de Santiago en que vivíamos, disfrutando, de sol a sol, de la sonoridad del italiano del lado, cerrajero y cantor napolitano que pasaba batiendo en el yunque caldeado el hierro hecho ascua.

—No me gusta el título —respondió Manuel—; pero absintio es correcto español, aun cuando no lo parezca.

Muy poco después discutíamos cada palabra de la pequeña colección, y, cosa curiosa, lo que aún ahora me agrada de ese primer revuelo literario, es lo menos trabajado y revisado, lo que más se acerca a la vida y más se aleja de la lentitud y el artificio: "Tres bohemios", "El pequeño clown".

Es interesante y hasta conmovedor leer, pasados los cincuenta, lo que se escribió a los veinte, al asomarse ávidamente al placer, el dolor, la ambición.

El primero de esos dos cuentos está escrito con

R E M A N S O S D E L T I E M P O

sorprendente sencillez, y la vida del segundo, "El pequeño clown", es honda, real y permanente.

Para que hiciera la carátula vimos a Valenzuela Puelma, a quien defendía yo furiosamente en "La Ley", con motivo de su perpetua conflagración con Pedro Lira, artista meritísimo que dedicó toda su vida a la pintura.

Valenzuela vivía entonces frente a la iglesia de los Capuchinos, en cuyos claustros descubrió el lego que le sirvió para su monje en éxtasis y en el cual se mostraba en todo el vigor de su colorido delicioso.

Valenzuela Puelma era un atado de nervios al descubierto.

Usaba chaqueta generalmente azul, pantalones, muy ajustados, a cuadros blancos y negros; sombrero de paño suelto, y en la mano un bastón muy delgado y con un estoque de todos los diablos.

Estaba entonces en toda la potencia de su gran talento, que de cuando en cuando, se crispaba queriendo convertirse en genio.

No le bastaba salir a la calle y marchar entre dos filas de casas bajas y tejados que en invierno parecen sombrero echado sobre los ojos.

Tenía el mal de la Europa en que había vivido; de Madrid, cuya crítica le había hecho lealmente justicia; de París, donde había merecido artículos de Armand Silvestre, y donde había trocado en primavera, cuando empiezan a brotar los castaños la gloria de sus primeras hojas, con sus

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

esplendorosos desnudos al hombro, camino del salón anual.

Había saboreado la verdadera gloria y no la de "contre-façon". Y a esa gloria calcinante, néctar o veneno, cuyo sabor no se va más de los labios contraídos, no le bastaba salir por la "calle de la Catedral, abajo", haciendo zumbar airadamente su bastón en forma de látigo: se creía perseguido y tomaba por hostilidad la muy limitada permeabilidad artística del ambiente de aquel entonces.

Yo lo visitaba casi cotidianamente y nada delataba aún, en forma inequívoca, su fin conmovedor en un manicomio de París y en seguida su descanso eterno en la modesta tumba que en la tierra augural de sus primeros triunfos adquirió para el pobre maestro un chileno de talento y de corazón.

Sin embargo, llamaba ya la atención la inmovilidad en que solían quedarse sus ojos profundos, fijos en la distancia indefinida de lo impreciso o lo irreal.

—¡Eh, Alfredo! ¿En qué piensa usted?

Se paraba, me miraba cerrando un ojo, y sin decir una palabra me hacía señales para que lo siguiera, andando en puntillas. Sacaba una fotografía de gran tamaño de "Las hilanderas", de Velázquez, y volvía a abstraerse ante aquel portento de luz, síntesis, realidad, color.

—Mire ese trozo —decía—. ¡Cómo está hecho!...

R E M A N S O S D E L T I E M P O

Señalaba la nuca viviente y sedosa de la figura de la derecha del primer plano, y bajo cuya epidermis perlada circulan, llameando, la sangre y la vida.

Devoraba con los ojos el trozo estupendo; pasaba sobre él las manos temblorosas, y, como si estuviera solo, sus pupilas se dilataban o sonreían reflejando los estremecimientos del espíritu atormentado por llegar hasta los límites en que el arte confina con el misterio.

Delirio o espasmo, el hecho es que en aquellos instantes parecía alejarse trágicamente de la realidad: no sabía admirar; quería crear.

Me daba miedo.

Tranquilizándose, sonreía de nuevo forzada-mente, deslizado su mano tan fría y cuidada por esa nuca sonrosada y sedosa, que, obedeciendo a la incitación del artista, parecía que iba a echarse atrás, mostrando la cara iluminada por la risa irónica, los labios húmedos y palpitantes, los senos erectos, culminados en flor de estío.

—¡Mire eso!... —volvía a repetir, y en seguida la mano febril se clavaba en la elegante patilla a lo Rubens.

Evidentemente, intentaba llegar a algo semejante, y si no era un genio, por lo menos quería desprenderse violentamente de aquello, técnica, lección, copia o transposición, a que es relativamente fácil llegar y que basta, por lo demás, para conquistar el sufragio gregario del mayor número.

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

Sentía la perpetua inquietud del avance; no quería detenerse, y por avanzar demasiado se extravió, al fin, en ese inmenso misterio en que el hombre, desesperado de la vida, de su limitación o de sus pequeñeces, agranda la visión hasta las deformaciones delirantes o la achica hasta la pequeñez irrisoria de los bobos velazqueños.

No quería imitar, y ante aquellos ojos penetrantes en que ardía la desesperanza o la ira, pasaba ya la idea fatal de llegar a ser algo enorme. Tenía el mal devorante de la ambición alada.

Ahora bien; ¿se concretó en un gran conjunto de obras esa neurastenia del tormento?

No. Valenzuela dejó sólo grandes trozos aislados, que hay que juzgar como fragmentos dispersos de una inquietud superior: en una palabra, no desarrolló normalmente sus facultades ni se empeñó en la tarea de fijar la expresión de grandiosidad solemne del medio físico en que vivimos.

No tenía nada de esencialmente nacional y mucho, en cambio, de contradictorio y complejo, y no sería posible, por consiguiente, que se le comprendiera en forma amplia, sin oposición alguna.

Habría sido mejor que naciera y viviera en otro ambiente para no correr el riesgo trágico de extraviarse entre lo que se le pedía en su medio, y lo que él habría intentado en otro superior.

Fuera de su ambiente intelectual era un talento que tenía que desviarse fatalmente hacia la locura.

R E M A N S O S D E L T I E M P O

¡Valenzuela Puelma!

Hoy ya no encontrarían su tumba enyerbajada, ni la perla de Mercader, ni la Náyade, ni la mujer de las cerezas, que alguna vez debían rodear su busto de mármol, perdido en algún parque profundo y silencioso.

En esos días, cuando andaba en busca de carátula para mi primera insolencia encuadrada, después de mostrarme aquella nuca rubia en que él hubiera ocultado sus ojos para llorar, y en que de buena gana hubiera sumergido yo mis manos ávidas de bestia joven, seguía al pequeño salón en que no faltaba una que otra tela valiosa: una Virgen, que él creía del "divino Morales", y un Cristo que surgía de las sombras, flagelado y macerado por el inconcebible error de querer redimir a los hombres, sin hacer antes de nuevo su cuerpo y su alma...

Valenzuela era gran músico, y después de aquellos encontronazos con lo irreal y lo imposible, sus manos temblaban, confundiéndose con el teclado, y mientras se empeñaba en ejecutar algo alegre o banal, yo adivinaba que muy adentro y muy cerca de su corazón jadeante, la fatalidad o el destino preludiaban ya una marcha fúnebre.

Días después leíamos juntos algunos cuentos de "Gotas de Absintio".

Estábamos solos en su casa, y al sentarme en un sillón de la salita en que lloraba a lágrima viva

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

la divina Dolorosa de Morales, y en que el Cristo de Zurbarán, sacando la cabeza y los brazos del fondo lívido, parecía que iba a abrazarnos mortalmente a los dos —al artista por atormentado y a mí por confiado y audaz—, Valenzuela atenuó la luz y cerró la puerta.

Hacía frío y por la ventana entreabierta filtraba el sol su luz, hecha con las últimas hojas de otoño. ¡Tiempo y edad en que se es poeta aunque nunca se haya hecho sólo un verso!...

Me pidió que leyera lentamente, como si habláramos en voz baja. Cuando terminé la lectura en que el clown niño dice, dejando caer la cabeza sobre su vestidura funambulesca: "¡Quería ser artista!", Valenzuela repitió insistentemente el melancólico estribillo:

—A este cuento —me dijo— le vamos a poner música.

¿Empezaba la locura?

—No, maestro; lo único que quiero es honrar todo esto con una sepia, una tinta china, cualquiera cosa suya, bien suya.

Repetía otra de las frases del libro, leído en dos horas o poco más: "Entonces era la mañana y ahora es la tarde..."

—Debo confesar —advertí— que esa frase está saturada de Poe.

—No importa... Haré la carátula luego y la música después.

Hizo, en efecto, el primer esbozo —unos car-

R E M A N S O S D E L T I E M P O

dos, con más espinas que flor, que se alargaban oblicuamente de un extremo a otro de la página liminar, e ignoro hasta hoy si también escribió la música del "Pequeño clown".

La campana de los Capuchinos —no es un recurso retórico esta anotación: en efecto, estaba al frente de la casa de Valenzuela dicha campana— balbució la oración de sus toques crepusculares. El barrio solitario se embozó en la capa española de la bruma y las tejas coloniales empezaron el secreto misterioso de la llovizna.

Crepúsculo de invierno. Lluvia, dolor, bohemia, locura.

—Vamos juntos —dijo Alfredo, envolviéndose también en una especie de capa, bajo la cual asomaba el paraguas como el extremo sin punta de la vieja espada castellana de poemas, romances y querellas.

Anduvo muchas cuadras sin hablar, y finalmente, como si en vez de estar en Santiago hubiéramos estado en el *quartier latin*, comimos en un restaurante muy apetitoso en que tocaba mandolín un español tuerto y con cara de muerto resucitado.

"¡Oh, juventud, divino tesoro, que te vas para no volver!..."

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

VI

Escribí a Darío, que era entonces cónsul en Buenos Aires, y con el cual había empezado a cartearme —manía deshonestista de que, afortunadamente, no tardé en arrepentirme y curarme— casi desde que aparecí montado en la máquina reumática de "La Ley".

Suele ser más o menos reproductivo el mantenimiento de una copiosa correspondencia con los escritores de Ultramar; pero conste que la mía con Rubén no empezó sino en vista de que lo conocía desde que en nuestra casa se quedaba con los ojos cerrados y formando ojiva con las manos —de marqués, como él decía con impudor de mulato—, mientras se enfriaba la taza de té escoltada por un plato de vieja porcelana china, tan lleno de galletas de soda, que éstas casi no dejaban ver las figuras pintadas con tinta negra y oro apelonado.

Profesaba por aquel entonces la admiración más fervorosa —una admiración mucho anterior al conocimiento directo de las canteras de donde provenía tanto prodigio— por el innovador de "Azul..." y sus sorprendentes importaciones de

R E M A N S O S D E L T I E M P O

modernismo verleniano, recién maculado en París.

Rubén me parecía entonces un genio espontáneo; hoy continúo creyendo que Darío tenía garras de león, y que al transponer por primera vez lo francés novísimo al español, empacado o impasible, inició una transformación literaria, que siempre disonará algo con la grandiosidad escorialesca del país de las catedrales y los hierros machacados a martillo; pero que en parte fué oportuna, porque era el momento de sacar a las letras castellanas de moldes ya muy viejos y de estéticas muy limitadas y repetidas, sobre todo en materia poética.

Escribí, pues, a Darío, pidiéndole que me mandara en forma de paquete postal un prólogo para los cuentos en que el pincel de Valenzuela Puelma había pintado un puñado de esas flores, coronadas de espinas, que hacia el fin del verano se van, absorbidas por el sol y la brisa, que las hacen seguramente imaginarse que vuelan con alas propias.

Ignoraba entonces —era un niño que me creía hombre, lo que constituye la mejor prueba de que aún era aquello y no esto— que no son los prólogos los que hacen un libro ni un escritor: cuando no existe, con la efectividad de algo indiscutible, lo primero, no hay prefacio capaz de improvisar lo segundo.

Darío me contestó una carta escrita en papel

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

del antiguo Ateneo de Buenos Aires, en que mezcla recuerdos, agravios y hasta confesiones.

Dicha carta era la ansiada palabra del maestro benévolo que recibe con los brazos abiertos a un discípulo a quien ha tenido sobre sus rodillas, mientras tomaba té con galletas de soda, acarreadas, como queda dicho, en un magnífico plato chino, obsequio de A. de Gilbert.

Dice así el original de esa epístola, que constituye un documento literario y que conservo con afecto, en todo equivalente al que ella revela para Manuel —que fué quien hizo comprender paternalmente a Darío la diferencia estética que existe entre una huaco y una Tanagra—, para Manuel y para mí:

“Confidencial.—Ateneo.—Buenos Aires, avenida de Mayo, número 291.—Mi querido Emilio: Sus cartas y sus cuentos, todo está en mi poder. Le he recordado perfectamente y he exclamado como la vieja de la dolora: “¡Santo Dios! ¡Y éste es aquél!” Y me he regocijado al ver que el talento que tenía usted de niño se desenvuelve en una bella y brillante juventud. No sé nada de Manuel hace largo tiempo. Le escribí hará tres o cuatro meses, sin dirección. Supongo no habrá llegado a su poder mi carta. El recuerdo de su casa me es siempre uno de los más gratos de mi vida. Pues, en lo desagradable de mi memoria chilena, la figura de Manuel y algunos dos más, son las únicas que miro con

R E M A N S O S D E L T I E M P O

tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación. Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí, que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida. Pero hablemos de usted y no de mí. De usted, que ha salido escritor, y lo que es peor: ¡oh, desgraciado!, con talento. Ha hecho usted muy bien en escribirme y en enviarme sus ensayos. En lo que no ha hecho usted bien es en referirse a mi modesta categoría oficial con un tono absolutamente caupolicanesco; usted, que demuestra tener una buena alma de artista y un bravo temperamento de hombre al mismo tiempo. Escribiré, pues —y me refiero a su libro en proyecto—, el prólogo que me pide, a pesar que me he negado a escribir esa clase de presentaciones o estudios, o lo que sea, porque el género está muy desacreditado. A mi queridísimo Gómez Carrillo no pude complacerle. Lo único que he hecho a ese respecto son unos versos para un libro de Salvador Rueda el año 92. El suyo se lo ofrezco. Mas es preciso que sepa que el prólogo es lo último que se escribe e imprime en una obra. Cuando ésta está impresa, se le envía al prologuista. Y hay razón, pues, leer en pruebas, claro es que es mejor que leer manuscritos, a veces infernales. De todos modos, cuente usted con el prólogo. Lo que he leído de usted me ha agradado mucho, a pesar de sus naturales defectos: pasti-

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

che, calco, etc., en la forma; pesimismo y bohemia, en el fondo. Pero es efecto de sus primeros entusiasmos. Hay que imitar siempre al comienzo; hay que ser hijo de alguien, pues no se nace sin padres, como puede afirmar la Pallisse el perillustre. En cuanto a sus desengaños, sus torturas cerebrales y su continua tendencia a idealizar el tipo fané del bohemio, es el mismo viejo mal de Olimpio, el maldito "mal de siglo", agravado con la educación estética y psicológica de usted y con el horrible medio —horrible para los artistas— en que vive. Lamenté, mi querido Emilio, las desgracias de la patria chilena y las de mis amigos en particular. Yo tenía y tengo amigos en ambos bandos; pero el recuerdo de Pedro tenía que dar a mis simpatías una senda de parcialidad. La carrera de Manuel la he seguido por los diarios, y me alegraré el día en que pueda verlo en el alto puesto a que indefectiblemente debe llegar por su talento y por su carácter. Es un luchador. ¡Quién lo diría, hablando con él de sueños y de arte! No he recibido el artículo a que usted se refiere, sobre mí, y los que tienen a bien llamarse mis discípulos de América. Mas no es raro, pues usted no se ha acordado de decir en la administración del diario que me lo envíen. Mis ideas respecto al movimiento literario que hoy se nota, y que, ciertamente, tiene por base el zarandeado "Azul"... (¡Quién lo hubiera creído!... ¿Se acuerda?), las conoce usted, si

R E M A N S O S D E L T I E M P O

ha leído los números de la "Revista de América" que le remití en días pasados. Por eso, y por no poder alargar tanto cuanto quisiera esta carta, no le hablo más sobre algunos puntos de la suya. He leído sus críticas, o mejor dicho, sus impresiones de "La Ley". ¡Buenas! ¡Pero lea usted! ¡Lea usted! Y así será usted mucho, créame usted. No importa que el público no entienda; en asuntos de arte nunca debe escribirse para el público. El pobre Valdés Vergara, ¿no me suprimía mis crónicas del "Heraldo" porque escribía demasiado bien para Valparaíso?... Otro punto: ni los que usted llama graciosamente partiquines, ni Obligado, ni Oyuela, ni grandes ni chicos que en América han escrito sobre decadentismo, saben jota del asunto. Todo lo confunden porque todo lo ignoran, puesto que no están en el movimiento. Y, sobre todo, porque no se han dedicado al asunto como debieran hacerlo. Otro: el Claudio de sus cuentos no ha vivido eso que usted dice. Ese Claudio ha sido amigo de Garcín el del catapultante pájaro azul de mis veinte años... Los mismos que usted debe tener ahora. Luego, recuerde usted lo que dice Poe, recordado tan linda y tristemente, en un cuento de Julián del Casal... ¿No ha leído a Poe su Claudio? Yo creo que lo ha leído demasiado. La parte de socialismo artístico no me desagrada, porque es la reacción contra la opresión de la vida moderna. Pero no

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

olvida usted, y hace bien, que al arte es esencialmente aristocrático."

* * *

"Adelante, mi querido Emilio. En la revista que usted me envió —"El Año Literario"— veo que no está usted solo. Hay por ahí unos dos compañeros suyos que con usted forman una trinidad de esperanza para el pensamiento futuro de ese país. Porque me imagino que no han de contentarse los chilenos con destrozarse a sí mismo y comerse a los vecinos. Coman, coman; pero piensen y tengan poetas y artistas. Un día me dijo Menéndez Pelayo "que Chile no había tenido nunca un poeta" en el sentido justo (aquí hay una palabra ininteligible, que así puede decir puro como justo; he optado por esta última significación). "¿Y Vicuña Mackenna? —le dije—. Aunque en prosa..." Me lo concedió sonriéndose."

* * *

"Que tenga Chile, por la razón o la fuerza", poetas, mi amigo Emilio.

* * *

"Diga a Manuel mi deseo de verle. Tal vez no sería difícil que yo hiciera un corto viaje. Que me

84

R E M A N S O S . D E L T I E M P O

salude muy afectuosamente a Julio Bañados. Mis mejores deseos para su familia. Trabaje, luche, crezca.—Su amigo, *Darío*.—Buenos Aires, 10 de febrero de 1895.”

Mostré la carta transcrita a Manuel, y mientras llegaba el prólogo, yo masticaba sin tragar del todo la frase olímpica, rebosada en un poco de afecto... ad hoc: lea, lea, trabaje, luche... Seguí el consejo.

En ese momento, es decir, en 1895, Rubén era ya, si no me equivoco, ciudadano de la avenida de Mayo y la calle Florida, y me parecía verlo con sus ojos de signo ortográfico y sus bigotes chinoscos, inclinándose de paso para echar en los postes de fierro hueco y pintado de rojo, que en Buenos Aires sirven de buzón, una carta multada para aquel lado tan a tras mano de la cordillera... Darío debió a nuestro país y a los amigos que en él encontró algo más que “su inclinación en la lucha de la vida”; le debió todo—inclusive el dolor fecundo de una vida errante— lo que su prodigioso temperamento iba a convertir en admirable renovación artística.

Fué en Chile donde vió por primera vez —y ya se sabe lo que esto vale como sugestión— mujeres, mármoles, cuadros, elegancia, vida de mundo.

Las “flores del mal”; los aguafuertes de Felicien Rops, nada de lo que, como en pleno bajo Imperio, fatiga y pervierte sin saciar; nada de eso columbraban aún los ojos de escarabajo sagrado,

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

del que más tarde habría de comprender hondamente el arte de fines del siglo pasado, y el cual buscaba todo aquello, material o moral, que pudiera acercar la sensación a lo inédito y que llegaba con Verlaine a los límites extremos de la sensibilidad.

Fué ahí, al pie de la Venus que presidía las charlas de "La Epoca" santiaguina, donde encontró los primeros libros del modernismo francés, que él no tardaría en acumular sobre la base de sus conocimientos clásicos.

Las "penas y agravios" de que habla en el prólogo de "Abrojos", mezcla intensísima de Heine y Campoamor, eran la vida que empezaba para él, entretejiendo, con espinas, las hojas de laurel que principiaban a apuntar en su cabeza portentosamente asimiladora.

Exactamente: era la vida que empezaba para él en un ambiente que significaba el comienzo de la admirable palingenesia que culminó después, cuando los "garçons" de París le destilaban en pleno boulevard y sobre un terrón de azúcar el ajeno que en Santiago tomaba en una calabaza consuetudinaria, oriunda de Managua o Matagalpa.

¡Como, para no sentir penas ni agravios, era un economista tan previsor, que no bien le ponía la mano encima a los menguados anticipos de Cartagena, ya daba comienzo a las peregrinaciones nebulosas a que solía poner término Ortiz, el

REMANSOS DEL TIEMPO

portero de "La Epoca", cuando tenía la suerte de encontrar al poeta de la calabaza consuetudinaria, desvariando en medio de un círculo humoso de hembras y machos a lo Goya y Lucientes!...

Es aquí donde la vida empezó a sentarle sus manos potentes, moldeadoras, a veces frías con frialdad de cuchillo, a veces ardientes con ardor de crisol.

Discutió con mi hermano lo que debían ser los "Abrojos" —que costó "A. de Gilbert"; es decir, Pedro Balmaceda Toro—: el abrojo, hecho estrofa, tendría algo de la humorada y algo de la saeta: en una palabra, "la risa en los labios y el llanto en los ojos":

«Cuando la vió pasar el pobre mozo
y oyó que le dijeron: ¡Es tu amada!,
lanzó una carcajada,
pidió una copa y se bajó el embozo.»

En estas o parecidas divagaciones y reminiscencias andaba yo, cuando llegó el famoso prólogo, que no me gustó. ¡Cómo me iba a gustar!

Di un golpe sobre la mesa, se volcó el tintero y cayeron al suelo la pluma y las alas: no era eso lo que esperaba mi vanidad de párvulo enloquecido con el olor a tinta de imprenta.

Escrito para algo mío, fuera lo que fuera, flor, feto o cardo borriquero, el hecho es que en dicho prólogo hablaba Rubén más de él que de mis cuentos.

E . . . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

¡Y yo no había previsto nada de eso!...

El auditorio habitual de la sala del "lleno" me vió erguirme en actitud detonante sobre un montón de recortes y diarios de provincia.

¡Señores: a la canasta con el prólogo y al diablo con Darío!... No necesito que nadie me apuntale.

Con todo, bien en el fondo —allá en el concho del yo profundo, me halagaba salir de la puerta roja de "La Ley" llevando sobre las alas de lata abollada un libro con prólogo de Darío: prólogo de Rubén y texto de "A. de Géry"...

Antes de sentarme con mi auditorio socarrón de la sala del "lleno" —bastante vacía de muebles, por lo demás— había decidido lo contrario de lo que acababa de anticipar tan temerariamente: publicaría el prólogo. ¿Y cómo no lo iba a publicar, al fin de cuentas, es decir, de cuentas, si ya estaba anunciado por mí en todas las formas de la autorreclame más clamorosa?

Salí en busca de Rafael Jover, propietario de la mejor imprenta de entonces: usaba grandes bigotes y era bonísimo y picado de viruelas, lo que no impidió —tan complaciente me pareció— que más que Rafael Jover, español, me pareciera Rafael de Urbino, genio o algo parecido.

—Ya don Carlos me había hablado de usted —me dijo paternalmente.

—¿Don Carlos Robinet?

—Justo.

R E M A N S O S D E L T I E M P O

Convinimos el precio, del cual sólo vió la mitad, y esto, si no me engaña el recuerdo, que siempre es tan frágil en materia de contabilidad, y sobre todo, de contabilidad llevada de memoria.

Acordamos con Jover —que en paz descansa— copiar las mejores ediciones, entonces tan en boga en París, de Dentu —“Collection Nelumbo” — o de Borel — “Collection Lotus Alba”.

Hubo, eso sí, que sacrificar la carátula de Valenzuela Puelma, y los cardos aquellos, hechos con tinta china en un pedazo de papel cualquiera, anduvieron rodando de mano en mano —todas profanas—, hasta que fueron a parar en las de la futura madame du Perelló, la cual también conoció el prólogo antes de ser publicado, y la cual, además, preguntó asombrada por qué Rubén me llamaba Marcelo en su prólogo. Madame Perelló, es decir, la señorita Lucero, antes de partir a Ultramar, tomada del talle por el barítono de marras, aludía al traqueteado latinazgo en que me decía solemnemente el poeta al darme el espaldarazo: “Tu Marcellus eris”...

¡Qué tiempos y qué Luceros!

Durante varios días no soñé con otra cosa que con el futuro libro, y, como era natural, creía que todo el mundo estaba muy preocupado del magno acontecimiento.

Como todos los que han publicado algo poco

E. RODRÍGUEZ MENDOZA

antes de los veinte años, estaba seguro de que la gente decía, dándose en el codo:

—“A. de Géry”, autor de un libro prologado por Darío...

Probablemente, era algo muy distinto a lo que yo me imaginaba lo que decía la gente.

Con la debida oportunidad hice diligencias —primera gestión diplomática— con M. Tallandier, propietario del Casino del Portal, a fin de que me permitiera pegar en el gran espejo que adornaba el desaparecido salón de su establecimiento el anuncio de mi libro.

Monsieur Tallandier era un pastelero digno de Nochebuena y de los cuentos de Daudet, y para más señales, tenía una muchacha apetitosa, como los pasteles frescos y espolvoreados de azúcar nupcial. Se sonrió M. Tallandier:

—“Un grand affiche sur la glace... Bien, bien, M. de Géry”.

Se dió un golpecito en la nuca y el casquete negro que usaba de diario se tumbó, balanceando sobre las cejas la borla de seda.

Dejó caer un chaparrón de azúcar en polvo sobre los pasteles multicolores y me dijo que el *affiche* de “Gotas de Absintio” podría permanecer “sur la glace” todo el tiempo que yo quisiera.

El salón de M. Tallandier reunía entonces, a la hora del aperitivo, a todo el *demi-monde* —con perdón del autor de la célebre comedia—; pero, dicho sea en honor de Dumas (hijo) y de la ver-

R E M A N S O S D E L T I E M P O

dad de que en todo momento deben hacer gala los anales y las indiscreciones, las hostilidades estallaron, no una, sino innumerables veces en aquel ya desaparecido salón, y tan poco filarmónicas solían tornarse las actitudes de algunos asistentes, enardecidos por el monstruo de los celos, que más de una vez se vió a Desdémona tomada del moño por Otello.

Campeó, pues, a la hora del aperitivo el primer anuncio del "libro próximo", y más de uno de los *habitués* a esas amables reuniones dijo al leerlo que ahí no era costumbre tomar nada... por gotas.

Poco después, el libro aparecía al fin.

¡Qué impresión —única en la vida— al divisarlo perdido tras los grandes cristales a que se acerca tanta cara malévolá, inteligente, socarrona, tonta, fea o bonita!

—¿Absintio?...

—¿Y qué brebaje es ese?

Era la primera espina de cardo borriquero que me saltaba a la cara.

¡Qué poco duraban, pues, las ilusiones surgidas durante los días que habían precedido a la aparición del libro!

Sentí ímpetus de embestir en son de desagravio y como homenaje al pobre libraco, que se erguía con inconsciencia de adolescente tras los cristales expuestos a recibir el barro que saltaba de la calle.

E . R O D R Í G U E Z M E N D O Z A

No tardaron, por lo demás, en disiparse por completo las ilusiones candorosas, dejando sólo un montón espinudo de "penas y agravios", base de la vida, que será siempre una mezcla indeleble de alegrías y dolores, como que son éstos la salsa con que nos devoramos aquéllas.

¡"Abrojos", "Azul", "Cantos de Vida y de Esperanza", "Canto errante"!

¡Rubén de mis veinte años y de siempre!

EMILIO RODRÍGUEZ M.
(A. de Géry)

GOTAS DE ABSINTIO

PRÓLOGO

DE

RUBEN DARÍO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA CERVANTES
Bandera, 73

1895



ÍNDICE

	PÁJ.S.
El sueño de un borracho	1
Musotte	9
El último beso	13
El pequeño clown	19
Poe	23
Un soñador	29
Bohemios	35
El relato del cuervo	41
Luciérnagas	51
Gervais	57
Nocturno	67

